

La tierra vista desde su tradición: un análisis de los saberes locales como herramienta para la lucha contra la deforestación

Yeris Mancera

Universidad Distrital Francisco José de Caldas

Camila Borda

Universidad Distrital Francisco José de Caldas

“El conocimiento de la naturaleza, como debemos admitir intuitivamente, no es una simple cuestión de ciencia, observación empírica o incluso de interpretación cultural. En la medida que es un aspecto central acerca de cómo pensamos la presente crisis ambiental, es importante tener una visión de la variedad de posiciones sobre este asunto”. Arturo Escobar.

Se conoce por *saber local* aquel conocimiento que las diferentes comunidades campesinas y grupos étnicos o pueblos originarios tienen sobre las prácticas productivas y del medio natural donde viven. Este conocimiento se basa en la experiencia, la experimentación y la observación minuciosa de la naturaleza a lo largo del tiempo y se convierten gradualmente en un “saber local” que consiste en un conjunto de conocimientos compartidos que permiten a la comunidad abordar los desafíos que enfrentan en su ambiente (Gómez-Espinoza y Gómez González, 2006; Núñez, 2004).

Estos saberes locales, además de ser transmitidos de generación en generación a través de la tradición oral, abarcan una amplia gama de conocimientos tanto de actividades productivas como de aspectos cruciales relacionados con la salud humana, incluso prácticas de cuidado, prevención y tratamiento de enfermedades, que son fundamentales en estas comunidades (Gómez-Espinoza y Gómez González, 2006). Asimismo, se destaca que estos conocimientos están estrechamente relacionados con la cultura, los idiomas nativos, las relaciones sociales y la cosmovisión de los pueblos. Son de índole colectiva y evolucionan según las necesidades de la comunidad (Cruz Hernández et al., 2021).

Es fundamental resaltar que estos saberes no se presentan como un sistema de conocimientos organizados y coherentes. En cambio, se caracterizan por ser parciales, dispersos y, en ocasiones contradictorios. Esta naturaleza fragmentaria se debe a su estrecha conexión con formas expresivas basadas en metáforas y símbolos, que desempeñan un papel central en la transmisión y comprensión de estos conocimientos, otorgándoles una cualidad más fluida y menos estructurada en contraste con el enfoque académico y científico convencional (Landini, 2010).

Además, estos saberes locales tienen la notable capacidad de articularse con facilidad con niveles de comprensión éticos y religiosos, sin imponer divisiones estrictas o contradicciones entre ellos (Núñez, 2004). Esta flexibilidad y adaptabilidad permiten que estos saberes se

integren con estos sistemas de manera armoniosa, lo que es característico de la riqueza y la complejidad de la cosmovisión de estas comunidades.

Aunque la ciencia convencional hasta el momento no ha validado el desarrollo de los conocimientos tradicionales, estos han evolucionado a lo largo de cientos de años y se han fortalecido en algunas comunidades, adaptándose socioculturalmente a condiciones ambientales y socioeconómicas particulares (Cruz Hernández et al., 2021). Este contraste resalta la brecha existente entre la ciencia “formal” y los saberes tradicionales, evidenciando una falta de reconocimiento de la riqueza acumulada a lo largo de generaciones en las diferentes comunidades. Aunque la ciencia convencional también ha avanzado en muchos aspectos, es crucial valorar y entender los conocimientos arraigados en la experiencia práctica y la relación estrecha con el entorno que caracteriza a las comunidades tradicionales. La adaptación de estos saberes a condiciones cambiantes subraya su dinamismo y capacidad para enfrentar desafíos a lo largo del tiempo.

Estos conocimientos locales e indígenas son fundamentales para la toma de decisiones cotidianas y son parte integral de un sistema cultural amplio respaldado por una comprensión profunda de la importancia de la diversidad cultural y la conexión entre las comunidades y su entorno. La amenaza que enfrentan estos saberes tradicionales debido a procesos de aculturación y desarrollo del capitalismo resalta una preocupación crítica (Cruz Hernández et al., 2021). La pérdida de transmisión de estos conocimientos no solo significa la desaparición de prácticas arraigadas en la historia, sino también la renuncia a herramientas valiosas para abordar desafíos contemporáneos, como el cambio climático o la deforestación. Desde un punto de vista constructivista, la idea de *saberes locales* se forma principalmente por personas que ven los problemas desde una perspectiva global. Los debates actuales sobre estos saberes se centran en partes específicas y valiosas de la cultura de las poblaciones estudiadas. Esta valoración ha crecido en la última década, impulsada por la creciente preocupación por la crisis medioambiental global. La ambigüedad radica en cómo se relacionan los saberes “locales” y “globales”, y en cómo son validados a través del pensamiento crítico sobre el desarrollo, todo en el contexto de abordar la crisis ecológica mundial y las consecuencias culturales de la globalización (Agrawal, 2002). Este enfoque destaca la importancia de integrar las perspectivas culturales y medioambientales en la agenda global, reconocer la conexión entre la diversidad cultural y la biodiversidad subrayando la necesidad de un enfoque holístico para abordar estos desafíos actuales.

En Colombia, los principios orientadores de la Política Nacional de Gestión Integral de la Biodiversidad y sus Servicios Ecosistémicos (PNGIBSE)¹ y la Ley 70 de 1993² destacan conceptos y temas inherentes a los grupos étnicos y las comunidades locales. Valores como

¹ La PNGIBSE es un documento de planificación y orientación que establece los lineamientos generales para la gestión integral de la biodiversidad y sus servicios ecosistémicos en Colombia. La PNGIBSE tiene como objetivo garantizar la conservación, el uso sostenible y la restauración de la biodiversidad y sus servicios ecosistémicos para contribuir al desarrollo sostenible del país.

² La Ley 70 de 1993 reconoce la propiedad colectiva de la tierra de las comunidades afrocolombianas que históricamente han habitado en un territorio determinado. Esta ley fue el resultado de las luchas de hombres y mujeres negras, raizales y palenqueras, y ha sido el principal referente legal para las comunidades negras en Colombia.

el reconocimiento y la protección de la diversidad étnica, la equidad, la identidad territorial y la participación en la toma de decisiones son fundamentales en estos principios. Estos valores también sirven como base para debates locales y regionales sobre la gestión de la biodiversidad, el uso de recursos naturales, la planificación territorial, la restauración de territorios y la calidad de vida. Además, se incorpora el conocimiento tradicional y local, así como la ocupación ancestral, el uso de la tierra y la lengua en estos debates (Serna y Mosquera, 2013).

En vista de que los pueblos indígenas mantienen una perspectiva completa de sus territorios, enlazada con una cosmovisión ancestral que reconoce la interconexión de todos los elementos de la Madre Tierra, donde el territorio es considerado vital, simbólico, sagrado y proveedor de conocimiento y alimento, se identifican con la misión ancestral de ser “cuidadores de la naturaleza”. Como resultado, se presentan como colaboradores estratégicos en la conservación y el manejo sostenible de los bosques. También para el pueblo negro, la defensa del territorio y los bosques como lugares de vida es esencial para el bienestar colectivo y el concepto de *buen vivir*, entendido como un proceso completo de autosustento basado en prácticas y valores ancestrales, y en la preservación del hábitat natural que sustenta su calidad de vida.

Por otro lado, en el caso de los campesinos, existe una relación directa y especial con la tierra y la naturaleza mediante la producción de alimentos, el trabajo en familia, y otras formas de organización social y comunitaria a pequeña escala. El territorio engloba diversos recursos naturales, así como a las personas que lo habitan. Para ellas, la conexión con la tierra va más allá del intercambio comercial y corresponde al espacio donde se construye la vida de las familias campesinas (González, J. et al, 2018).

Sin embargo, esta armonía con la tierra se ha visto amenazada por la deforestación. En la actualidad, la sociedad enfrenta una realidad crítica marcada por el deterioro ambiental, una amenaza significativa para el desarrollo concebido como crecimiento integral. Este desafío se manifiesta en problemas bien conocidos, como la pérdida de ecosistemas frágiles, la desertificación de suelos, la contaminación del aire y la creciente escasez de agua, los cuales afectan tanto el consumo humano como la producción agropecuaria (Cruz Hernández et al., 2021).

Resulta innegable que los bosques desempeñan un papel fundamental en la vida de las personas y la biodiversidad. Además de servir como hábitat para diversas formas de vida, los bosques son una fuente esencial de alimentos, medicamentos y agua potable. Su contribución se extiende más allá de lo local, ya que también cumplen una función crucial en la estabilización del clima y del medio ambiente a escala global (Serna y Mosquera, 2013). Este vínculo entre el deterioro ambiental generalizado y la importancia crucial de los bosques destaca la necesidad apremiante de abordar de manera integral y sostenible los desafíos ambientales. La conservación de los bosques no solo es esencial para la biodiversidad y la salud del planeta, sino que también es crucial para salvaguardar el bienestar de las comunidades humanas en todo el mundo.

Colombia se destaca por su amplia cobertura de bosques naturales, que abarcan el 52 % de su superficie continental, que lo posiciona como el tercer país con mayor extensión boscosa en Suramérica (Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible [MinAmbiente], 2016). Este patrimonio forestal no solo contribuye a la biodiversidad, siendo Colombia el segundo país más biodiverso del mundo, sino que también ofrece un potencial significativo para impulsar su desarrollo.

Estos bosques se distribuyen en las cinco principales regiones biogeográficas, de modo que son la Amazonía y la región andina las que albergan la mayor proporción (66,9 % y 17,8 %, respectivamente). Los grupos étnicos, en particular, son custodios de aproximadamente el 53,4 % de estos bosques, con un notable 46,1 % en resguardos indígenas, un 7,3 % en territorios colectivos de comunidades negras o afrocolombianas, un 1,9 % de los bosques del país se encuentran bajo zonas de reserva campesina y un 15,58 % hacen parte del Sistema Nacional de Áreas Protegidas (SINAP) (González, J. et al, 2018).

Según el Instituto Geográfico Agustín Codazzi (IGAC) (González, J. et al, 2018), Colombia posee una vocación mayormente forestal en su suelo (54 %), seguida de la agrícola (19 %) y ganadera (13 %). Aunque cuenta con un 59 % de áreas de protección, predomina el uso ganadero (34 %) y agrícola (5 %) en detrimento de actividades forestales, lo cual genera conflictos de uso que contribuyen a la deforestación y el deterioro de los bosques presentes actualmente en el país.

Así es como para 2016 se evidenció un aumento del 44 % en la deforestación, con una pérdida total de 178 597 hectáreas. Por otra parte, desde 1990 hasta 2016, se estima que Colombia ha perdido más de 6 millones de hectáreas de bosques naturales debido a la deforestación, aunque se observa una disminución significativa desde 2005. Además, el 58 % de las hectáreas deforestadas entre 1990 y 2013 ocurrieron en municipios con alta incidencia de conflicto armado, entre ellos los departamentos de Meta, Caquetá, Putumayo, Guaviare y Nariño (González, J. et al, 2018), lo cual señala una conexión directa entre los conflictos sociales y la degradación ambiental. Tal fenómeno destaca la complejidad de este desafío, ya que la paz y la conservación ambiental aparecen interconectadas de manera intrincada.

Según la caracterización del Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales (Ideam) (González, J. et al, 2018), se identifican seis núcleos de alta deforestación (NAD)³ en Colombia durante el periodo 2005-2015, concentrados principalmente en las regiones Amazónica (23,1 %), andina (12 %) y pacífica (3,1 %). Estos NAD representan áreas críticas donde la deforestación genera consecuencias significativas, como la transformación y fragmentación de ecosistemas, el aumento de especies amenazadas, la alteración del recurso hídrico y la degradación del suelo.

³ Los NAD son áreas geográficas en Colombia que presentan altas tasas de deforestación y degradación forestal. Estos NAD se utilizan para focalizar los esfuerzos de conservación y manejo sostenible de los bosques en las zonas más críticas del país.

Esta deforestación no solo altera los ecosistemas, sino que también amenaza la supervivencia de numerosas especies. Los datos recientes muestran que, en las áreas de los NAD identificadas por el Ideam en el primer trimestre de 2017 (González, J. et al, 2018), se han registrado 2697 especies tanto animales como vegetales, lo cual evidencia la alta diversidad presente en estas regiones. Sin embargo, preocupa que la deforestación esté ejerciendo presión sobre especies amenazadas y endémicas que habitan estas zonas. En total, se identifican cinco especies críticamente amenazadas, seis en peligro y 20 vulnerables (González, J. et al, 2018). Por esto, es crucial adoptar medidas sostenibles que equilibren las necesidades humanas con la preservación de estos entornos críticos para asegurar un futuro ambientalmente sostenible.

Esta transformación de bosques naturales en Colombia no solo representa una amenaza para la biodiversidad, sino que también tiene impactos significativos en las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI). Los bosques colombianos almacenan, en promedio, 124 toneladas de carbono por hectárea, y las emisiones de GEI derivadas de la deforestación representan aproximadamente el 35 % de las emisiones nacionales totales, según el Inventario Nacional de Emisiones y Absorciones de Gases de Efecto Invernadero (INGEI) del Ideam (Phillips Bernal et al., 2014).

En la década de 1990, se evidenció la expansión de cultivos de uso ilícito, especialmente en la Amazonía y la región pacífica, además del aumento de la praderización en la región amazónica debido a la producción ganadera y los procesos de titulación de tierras. En años recientes, factores como el acaparamiento de tierras y el lavado de activos se sumaron al fenómeno de cambio de cobertura boscosa por pastizales poco productivos. Asimismo, la minería de oro de aluvión y el cultivo de coca para uso ilícito se convirtieron en impulsores significativos de la deforestación, especialmente en regiones como el Pacífico, los Andes y la Amazonía. Para 2014, Colombia tenía cerca de 80 000 hectáreas destinadas a la minería de oro de aluvión (Grau y Aide, 2008; González, J. et al, 2018).

La intersección entre el desarrollo de infraestructura vial y la deforestación no planificada resalta los desafíos críticos que enfrenta el equilibrio entre crecimiento económico y conservación ambiental. La rápida ocupación y el aumento de la deforestación en las áreas circundantes sugieren una falta de planificación y control efectivos. Por otra parte, la especulación de tierras y las expectativas de inversión en el contexto de posconflicto intensifican aún más la presión sobre los recursos naturales (González, J. et al, 2018). Esta situación plantea preguntas cruciales sobre la necesidad de políticas más sólidas y mecanismos de regulación para guiar el desarrollo sostenible y prevenir impactos ambientales irreparables.

Cabe destacar que durante el periodo 1990-2015 la praderización se mantuvo como la principal causa de deforestación a nivel nacional, especialmente en la Amazonía. La expansión de la infraestructura vial ha facilitado este proceso, promoviendo el crecimiento de la actividad ganadera y procesos de especulación en el mercado de tierras (González, J. et al, 2018).

Esta deforestación presente en el país a lo largo de los años ha sido un fenómeno complejo y multifacético con causas directas, como la expansión de la frontera agropecuaria, la extracción ilícita de minerales, la expansión de la infraestructura, la extracción de madera e incendios forestales (González, J. et al, 2018). Sin embargo, estas causas directas están impulsadas por causas indirectas que abarcan variables sociales, políticas, económicas, tecnológicas y culturales, influyendo en las decisiones de los agentes responsables de la deforestación. En este contexto, sus causas subyacentes se dividen en factores tecnológicos y económicos, como mercados, economías ilegales e incentivos estatales; factores políticos e institucionales, incluso políticas sectoriales y territoriales, presencia institucional y condiciones sociales, así como uso, distribución y derechos de propiedad sobre la tierra, junto con el conflicto armado y posconflicto. Aspectos culturales, como la visión del bosque, el arraigo, las prácticas ancestrales y la educación, también desempeñan un papel crucial, al igual que factores demográficos, como el crecimiento de la población y la migración. Además, los factores biofísicos, como la pendiente, el clima, los suelos, la oferta hídrica, la presencia de maderas finas y accesibilidad, contribuyen a la complejidad de este fenómeno (González, J. et al, 2018).

En términos de extensión de bosques, aproximadamente la mitad se encuentra en territorios titulados a comunidades indígenas y afrocolombianas,⁴ y se estima que más de un millón de hectáreas pertenecen a comunidades campesinas. De acuerdo con la información proporcionada por el Censo Nacional Agropecuario (Departamento Administrativo Nacional de Estadística [DANE], 2016), los territorios pertenecientes a grupos étnicos, como indígenas, comunidades negras y raizales, se utilizan principalmente para conservar bosques, mientras solo el 6,9 % de estas áreas se destina a usos agropecuarios. Este hecho destaca el significativo aporte de estos grupos a la conservación y el resguardo de los recursos naturales en el país, en atención a que estos bosques proporcionan servicios ecosistémicos esenciales que satisfacen las necesidades básicas de las poblaciones locales.

Sin embargo, a lo largo de un año estos territorios indígenas y comunitarios han experimentado un considerable impacto, que representa un porcentaje significativo de la deforestación nacional (10,3 %). Causas como los cultivos ilícitos, las industrias extractivas, la ganadería extensiva, la extracción de madera, los monocultivos y las obras de infraestructura han contribuido a este fenómeno. Además, el conflicto armado ha propiciado el aumento de economías ilícitas, lo cual ha generado consecuencias graves para la supervivencia y la cultura de las comunidades forestales (González, J. et al, 2018).

En este contexto, examinar el papel de los saberes locales emerge como una estrategia crucial en la lucha contra la deforestación. Al considerar alternativas sostenibles a prácticas destructivas, como la agricultura intensiva, la tala ilegal y la minería, los conocimientos arraigados en estas comunidades pueden ofrecer soluciones valiosas.

Estos temas medioambientales, así como la diversidad cultural y el territorio, están intrínsecamente conectados. Según Serna y Mosquera (2013), la megadiversidad biológica del país fue oficialmente reconocida casi al mismo tiempo que la Constitución Política de

⁴ Un total de 31 millones de hectáreas, de las cerca de 60 millones de bosques naturales en Colombia.

1991 consagró el carácter multicultural de la nación en su artículo 7: “El Estado reconoce y protege la diversidad étnica y cultural de la Nación colombiana”. Este reconocimiento ha llevado a un avance conjunto de las políticas medioambientales y de identidad, y el punto de convergencia es la noción de *territorio*, que es la forma en que las comunidades se refieren al medio ambiente.

Asimismo, el Principio 22 de la Declaración de Río sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo destaca la importancia fundamental de las poblaciones indígenas, comunidades locales y sus conocimientos tradicionales en la gestión del medio ambiente y el desarrollo. Se reconoce que estas comunidades desempeñan un papel esencial, y se enfatiza que la biodiversidad no puede separarse de la interacción con las poblaciones locales (Escobar, 2010). En otras palabras, se subraya que la conservación ambiental debe integrar un marco que abarque las prácticas culturales. Este reconocimiento es esencial para comprender la complejidad de la conservación y la gestión sostenible, y destaca la necesidad de incorporar activamente los saberes autóctonos en las estrategias de preservación ambiental.

Según Escobar (2010), y en concordancia con estos principios, en 1995 diferentes representantes indígenas de comunidades como emberá, wuanana, eperara-siapidara, awa, catío, chamí, zenú y tule compartieron su cosmovisión durante diversas reuniones en un encuentro de saberes realizado por una organización no gubernamental (ONG) de desarrollo alternativo en Perico Negro (Cauca). Se resaltó la integración de las personas y la naturaleza, las prácticas tradicionales de manejo, el papel de las autoridades tradicionales y la consiguiente conservación del entorno. Su declaración de principios se centró en la defensa de los recursos y el conocimiento tradicional, articulando estrategias en torno a los principios de unidad, territorio, identidad cultural, autonomía y autosuficiencia. Así es como este enfoque integral destaca la importancia de considerar y respetar las prácticas culturales en la gestión sostenible del medio ambiente.

Este enfoque integrado refleja la comprensión de que la gestión ambiental no puede separarse de la diversidad cultural y la conexión que las comunidades locales tienen con sus territorios. Además, resalta la importancia de estudiar las perspectivas culturales en la formulación de políticas medioambientales para garantizar que sean culturalmente sensibles y socialmente inclusivas. Asimismo, la intersección entre medio ambiente, diferencia cultural y territorio destaca la necesidad de enfoques holísticos que aborden la complejidad de la relación entre la biodiversidad, la diversidad cultural y la gestión territorial sostenible.

El Convenio sobre Diversidad Biológica (CBD) respalda esta perspectiva al reconocer la importancia de los conocimientos locales en la conservación de la biodiversidad, como se detalla en el artículo 8 (j). En este, no solo insta al reconocimiento de dichos conocimientos, sino que también aboga por su promoción e integración en los procesos de toma de decisiones sobre biodiversidad, brindando a las comunidades locales e indígenas un papel fundamental en estas instancias (Naciones Unidas, 1992).

Por otra parte, Leff y Carabias (1993) subrayan la existencia de sistemas de conocimientos funcionales en diversos pueblos, que actúan como mecanismos internos de control ecológico.

Estos conocimientos tradicionales, arraigados en la cosmovisión y contruidos a lo largo de siglos de interacción con la naturaleza, se manifiestan a través de prácticas observacionales. Estas prácticas no solo responden a las demandas del mercado, sino que también incorporan saberes ancestrales.

Esta convergencia entre argumentos ecológicos y preocupaciones sociales para fomentar la explotación sostenible de recursos y valorar las prácticas agrícolas tradicionales es un paso positivo hacia la sostenibilidad (Roué, 2003). La reconsideración de conocimientos obsoletos plantea desafíos significativos, especialmente en el contexto de barreras culturales y sociales que podrían ser obstáculos para la implementación efectiva de modelos alternativos.

Este desafío se hace evidente al examinar el éxito de cualquier restauración, que está intrínsecamente vinculado a la participación activa de las comunidades locales, como indican varios estudios (Aronson et al., 2007; Calle 2003). Ante la crisis ambiental actual, surge la necesidad de repensar nuestras concepciones sobre el mundo y la condición humana. Esta noción de reinventar cómo las personas ven y comprenden su entorno está estrechamente vinculada a la adquisición de conocimientos sobre el medio ambiente y la participación de todos. Esto se considera crucial para abordar los problemas contemporáneos. No se trata solo de realizar cambios externos, sino también de modificar la percepción del medio ambiente y la conducta.

En este sentido, las comunidades, en muchas ocasiones, simplemente necesitan una oportunidad para involucrarse en procesos de investigación y contribuir al avance del conocimiento sobre la biodiversidad en el país (Calle et al., 2008). Esto implica que la investigación para la restauración ecológica de los bosques no debería limitarse únicamente al ámbito científico, ya que el conocimiento ecológico tradicional y la investigación participativa pueden desempeñar un papel significativo.

Así es como el diálogo participativo, además de fortalecer los procesos organizativos y los canales de comunicación entre las organizaciones indígenas y afrocolombianas con el Estado, ha posibilitado la identificación, desde una perspectiva local y comunitaria, de las principales razones y actores involucrados en la deforestación, siendo esencial para la gestión efectiva del medio ambiente, ya que involucra a las comunidades locales en la toma de decisiones y en la identificación de soluciones contextualmente relevantes (González, J. et al, 2018).

A pesar de estos esfuerzos por reconocer la valiosa contribución de los conocimientos tradicionales de los pueblos originarios para la gestión sostenible de los bosques, estos conocimientos están enfrentando una rápida pérdida o erosión en el país y el mundo, debido a los diversos factores mencionados. Si esta tendencia llega a persistir, podría llevar a la extinción definitiva de culturas que han desempeñado un papel crucial en la preservación de los bosques. Además, las comunidades se enfrentan al desafío de gestionar sus bosques no solo basándose en sus propios conocimientos, sino también estableciendo mecanismos para dialogar con las instituciones que toman decisiones sobre el territorio. Para lograr esto, necesitan fortalecer sus capacidades para desarrollar instrumentos de planificación y ordenamiento territorial que puedan ser integrados en los marcos institucionales (González,

J. et al, 2018). Esta pérdida de conocimientos tradicionales es una preocupación significativa, ya que han demostrado ser fundamentales para la conservación a largo plazo de los recursos naturales. El desafío de establecer una comunicación efectiva entre las comunidades locales y las instituciones de toma de decisiones resalta la necesidad de un enfoque inclusivo y colaborativo para la gestión ambiental, que valore y respete los conocimientos locales. El fortalecimiento de las capacidades de las comunidades para participar activamente en la planificación y el ordenamiento territorial es esencial a fin de garantizar la sostenibilidad y la preservación de los bosques.

De esta forma, la evaluación de la importancia de la educación ambiental se presenta como un componente clave. La educación ambiental no solo contribuye a la promoción de los saberes locales, sino que también sensibiliza sobre la importancia fundamental de la conservación y el manejo sostenible de los recursos naturales. Este vínculo entre la educación ambiental y la promoción de conocimientos locales refuerza la necesidad de un enfoque integral que involucre a las comunidades en la toma de decisiones y fomente la conciencia sobre la gestión responsable de los recursos naturales.

La crisis ambiental actual se manifiesta en dos expresiones interconectadas. En primer lugar, surge de una concepción dualista que separa al ser humano de la naturaleza, generando una sensación de separación intrínseca y llevando a la apropiación y destrucción de aspectos naturales que incomodan o proporcionan comodidades. Esta perspectiva fragmentada impulsa al hombre a contraponerse y someter a la naturaleza (Mahecha Groot, 2009). La segunda expresión de esta crisis se deriva de la primera y se evidencia en el proyecto tecnológico de dominio de la naturaleza, las propuestas del modelo de desarrollo imperante y los conflictos ecológicos distributivos. La naturaleza, vista como algo externo a lo humano, se convierte en un objeto que puede ser poseído y mercantilizado, racionalizado y controlado mediante leyes e instituciones (Mahecha Groot, 2009; Ulloa, 2004).

Según Martínez Alier (2005), las soluciones propuestas dentro de los límites de la racionalidad económica dominante se centran en las consecuencias de los procesos de deterioro ambiental para la expansión económica vigente. Se enfocan en los impactos de la producción de bienes y el manejo sostenible de los recursos naturales, considerando la naturaleza como un “recurso natural”, “capital natural” o “servicios ambientales”.

Sin embargo, esta visión compleja plantea la necesidad de cambios más radicales en la concepción del mundo y el modelo de desarrollo actual. Se busca ir más allá de la solución instrumental y la reducción del ambiente a la razón económica. La crisis ambiental requiere una transición hacia un desarrollo sustentable que considere tanto el desarrollo humano como cambios en las actividades materiales que minimicen el agotamiento de recursos y la contaminación perjudicial para el medio ambiente (Mahecha Groot, 2009). Esta perspectiva plantea la necesidad de ir más allá de una visión utilitaria de la naturaleza y considerar dimensiones más amplias en la toma de decisiones ambientales. Reconocer la importancia de la naturaleza no solo en términos de su capacidad para servir a la economía, sino también valorar su esencia y su valor intrínseco, puede ser crucial para abordar de manera más integral los desafíos ambientales.

En el contexto de la educación ambiental, se plantea la necesidad de ir más allá de la mera transmisión de conocimientos científicos y tecnológicos, buscando la construcción de una nueva sociedad. La propuesta apunta a generar una conciencia orientada hacia un desarrollo humano que sea simultáneamente causa y efecto de la sustentabilidad y de la responsabilidad tanto local como global del ambiente. Se destaca la importancia de superar la visión fragmentada del ambiente y construir un saber ambiental que integre diferentes procesos y niveles de organización (Mahecha Groot, 2009).

Al abordar la educación ambiental en un contexto local, se enfatiza la necesidad de no ver el ambiente como una realidad objetiva, sino como una construcción social condicionada por diversos contextos. Se reconoce que el saber ambiental se construye socialmente y está influenciado por factores históricos, sociales, políticos y éticos (Mahecha Groot, 2009).

La interculturalidad sugiere un enfoque que va más allá de simplemente reconocer la diversidad cultural, instando a la comprensión mutua y al diálogo entre diferentes culturas (De la Hidalga Ledesma, 2017). Promover el compromiso frente a la diversidad implica no solo aceptarla, sino también trabajar activamente para crear ambientes educativos inclusivos y equitativos. Esto no solo enriquece la experiencia educativa, sino que también contribuye a construir sociedades más justas y respetuosas.

En el ámbito de la participación comunitaria, se busca establecer un diálogo en torno a la importancia de los bosques y los problemas asociados a su deforestación. Este proceso participativo busca identificar las causas y los agentes de la deforestación, así como proponer medidas para contrarrestar este fenómeno. Se destaca la importancia de fortalecer las capacidades de las comunidades para participar activamente en este proceso, considerando tanto los riesgos como los beneficios de las acciones para reducir la deforestación y degradación de bosques (González, J. et al, 2018).

Así es como a través de la educación ambiental se puede influir en el entorno escolar y familiar, convirtiéndose en una herramienta clave a fin de impulsar el cambio cultural necesario para disminuir la deforestación y mejorar la gestión forestal. En este contexto, la construcción de espacios de esperanza se fundamenta en prácticas investigativas inter- y transdisciplinarias, incorporando conceptos y métodos diversos. Estos enfoques provienen de disciplinas como geografía, antropología, sociología, ecología, historia, economía y agronomía (González, J. et al, 2018).

La investigación se centra en comprender la diversidad de prácticas y conocimientos que cada grupo humano desarrolla en su territorio. La metodología empleada debe abordar variables socioambientales, como sistemas de prácticas económicas, representaciones de la naturaleza y reglas colectivas de uso y distribución de bienes. Al hacerlo, se logra captar la complejidad y sinergia de procesos físicos, biológicos, tecnológicos y sociales que conforman el entramado territorial y paisajístico que define la identidad de una comunidad rural (Barrera-Bassols y Florianí, 2017).

El análisis de este diálogo de saberes, por otro lado, emerge como una herramienta poderosa para enfrentar los desafíos ambientales y sociales. Este enfoque implica la integración activa de conocimientos tradicionales locales con perspectivas científicas y tecnológicas modernas. Asimismo, destaca la importancia de generar soluciones innovadoras y sostenibles que se adapten a las necesidades específicas de las comunidades locales.

En esencia, el diálogo de saberes se refiere a la convergencia entre el conocimiento ecológico tradicional y el conocimiento científico, para contribuir a la recuperación de los ecosistemas naturales, que son la base biofísica que sustenta a las comunidades humanas (Calle et al., 2008). Esta perspectiva destaca la importancia de reconocer y aprovechar la diversidad de conocimientos para abordar diferentes desafíos ambientales que enfrenta el país.

De Sousa-Santos (2010) aborda la interacción entre conocimientos científicos y no científicos, señalando que todos los conocimientos tienen límites internos y externos. Sugiere que no se deben dar por sentado las diferencias entre estos conocimientos, ya que a veces pueden esconder jerarquías. En lugar de eso, propone examinar críticamente las diferentes épocas y niveles de poder. Además, expone que el diálogo de saberes no se limita a la comunicación entre la diversidad y las diferencias, sino que se trata de construir una forma de comunicarse desde la escucha y la actualización, mediante un diálogo razonable que considere el contexto histórico y situacional.

La convergencia entre el diálogo de saberes y la propuesta de De Sousa-Santos (2010) resalta la necesidad de una interacción comunicativa enriquecedora que no solo abarque la diversidad de conocimientos, sino que también promueva un entendimiento profundo de problemas y necesidades comunes. La interconexión de estas ideas sugiere un enfoque colaborativo y respetuoso que reconoce la igualdad de los conocimientos en el proceso de construcción conjunta de soluciones.

El conocimiento tradicional, lejos de ser menospreciado como superstición o nostalgia, debe ser considerado con seriedad. La gestión efectiva de la diversidad biológica parece inalcanzable sin un diálogo de saberes que no solo valide el conocimiento tradicional, sino que también proporcione un espacio para la participación activa de las comunidades en las decisiones sobre el destino de los territorios biodiversos que habitan (Serna y Mosquera, 2013).

Estos diálogos de saberes no se pueden dar solo a escala local donde, por supuesto, tienen un mayor impacto, sino también a escalas regionales y nacionales, volviéndose esenciales para una gestión integral y efectiva de la biodiversidad (Serna y Mosquera, 2013). A nivel local, estos diálogos reconocen y valoran los conocimientos locales, pero su extensión a niveles más amplios permite abordar complejidades y diversidades territoriales. A escala regional, se identifican patrones y conexiones que enriquecen la comprensión de sistemas ecológicos y relaciones comunitarias. A nivel nacional, influyen en políticas y estrategias, incorporando la diversidad de saberes locales en la toma de decisiones gubernamentales, fomentando enfoques más inclusivos y sostenibles en la gestión de recursos naturales.

La concepción de los territorios como espacios sociales y culturales, configurados por diversas lógicas comunales y temporales, destaca la importancia de la relación entre humanos y no humanos en comunicación con el territorio. Esta perspectiva, propuesta por Escobar (2014), sugiere un carácter político que va más allá de la visión materialista de la modernidad. El diálogo de saberes, como se plantea, implica reconocer la limitación inherente a todo conocimiento y aceptar que la experiencia humana es inagotable. Este diálogo se presenta como indispensable para establecer una ecología de saberes y potenciar futuros más completos (De Sousa-Santos, 2010).

La importancia del diálogo de saberes en la gestión de la biodiversidad se destaca claramente al reconocer que la significación de los saberes locales contribuye a valorar aspectos fundamentales, como la biodiversidad cultural, la cosmovisión y la identidad étnica. El intercambio y análisis de conocimientos propios y ajenos, facilitado por el diálogo, enriquece esta apreciación.

Al examinar las estrategias exitosas que emergen desde los saberes locales, las artes y la cultura en los territorios para abordar la deforestación en Colombia, se evidencia cómo el diálogo de saberes no solo es relevante teóricamente, sino que también se traduce en prácticas concretas y exitosas. Las estrategias locales, al incorporar saberes tradicionales, demuestran la eficacia de integrar conocimientos diversos para enfrentar desafíos ambientales significativos.

La gestión de la biodiversidad y sus servicios ecosistémicos reconoce la complejidad de los procesos sociales y ecológicos en todas las escalas geográficas, como se mencionó. Por esto, es esencial evitar simplificar la relación entre la sociedad y la biodiversidad, y comprender más profundamente cómo nos relacionamos con nuestro territorio para tomar decisiones más efectivas (Serna y Mosquera, 2013).

En el marco de la lucha contra la deforestación y degradación de bosques, se han identificado áreas clave para fortalecer la participación activa de las comunidades. Esto implica el fortalecimiento de las instancias comunitarias para el diálogo, la evaluación de riesgos y beneficios de acciones antideforestación, y la conservación de bosques. A nivel nacional, se promueven espacios de coordinación y diálogo, como la Mesa Indígena Amazónica Ambiental y de Cambio Climático (MIAACC), que aborda el problema de la deforestación. Siguiendo los lineamientos internacionales y las políticas nacionales, se busca proteger y promover el conocimiento tradicional de comunidades indígenas y negras, fortaleciendo la gobernanza mediante instrumentos propios de ordenamiento territorial. Se reconoce la diversidad de visiones y usos de los bosques, considerando aspectos como género, generación y pertenencia étnica (González, J. et al, 2018).

En el municipio de Morales (Cauca), la expansión agrícola ha provocado la pérdida significativa de bosques, acelerando el deterioro de suelos, la extinción local de especies y la degradación de ecosistemas. Es debido a esto que las acciones de restauración, lideradas por la comunidad indígena Nasa, se basan en el conocimiento detallado del ecosistema y el Plan de Vida, que incluye la recuperación de áreas degradadas y especies en peligro a través de la

propagación en viveros y la reforestación comunitaria. Algunas de las lecciones aprendidas incluyen integrar la investigación ecológica en planes de estudio institucionales que empodere a los jóvenes para abordar problemas locales y las iniciativas de reforestación locales que permiten a las comunidades adaptar la investigación científica a sus perspectivas, de modo que es esencial que los investigadores externos faciliten en lugar de liderar el proceso (Calle et al., 2008). En conjunto, estas acciones destacan la importancia de la gestión participativa y contextualizada de la biodiversidad.

Por otra parte, los principios orientadores del CBD⁵ se reflejan y amplían en la PNGIBSE. La hoja de ruta para la PNGIBSE es el Plan Estratégico para la Biodiversidad Biológica 2011-2020. Este plan, en su artículo 8 j), busca incorporar prácticas de utilización consuetudinaria⁶ sostenible y fomentar iniciativas comunitarias que respalden la aplicación del artículo 10 c). Este último se centra en proteger y fomentar la utilización consuetudinaria de los recursos biológicos, brindar asistencia a poblaciones locales en la aplicación de medidas correctivas en zonas degradadas y promover la cooperación entre autoridades gubernamentales y sector privado (Serna y Mosquera, 2013).

Por otra parte, y en respuesta a las diferentes necesidades del país en relación con el ambiente, el MinAmbiente (González, J. et al, 2018) estructuró ciertas propuestas técnicas, formando el Comité Interétnico Nacional sobre Conocimientos Tradicionales y gestionando proyectos como el Global Environment Facility (GEF) de protección a los conocimientos tradicionales. Este proyecto ha facilitado la recuperación y el manejo sostenible en distintas regiones, con procesos participativos para retroalimentar propuestas de políticas.

De igual forma, analizar las estrategias exitosas provenientes de conocimientos locales, expresiones artísticas y la cultura en diversas regiones de Colombia para hacer frente a la deforestación es el objetivo central. Debido a esto, y con el respaldo de organismos internacionales como la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), la Unión Europea (UE) y el GEF Corazón de la Amazonía, se llevó a cabo una evaluación exhaustiva de alrededor cincuenta proyectos e iniciativas de manejo forestal sostenible en el país. Esta evaluación abarca distintas áreas, desde territorios étnicos hasta comunidades campesinas, e incluye proyectos REDD+ (*reducing emissions from deforestation and forest degradation*) del mercado voluntario. El resultado de esta actividad es la identificación de lecciones aprendidas y áreas de mejora en el desarrollo de estas iniciativas (González, J. et al, 2018).

La revisión de estas experiencias locales y proyectos de manejo forestal sostenible proporciona una visión valiosa sobre las estrategias efectivas y los desafíos encontrados en la lucha contra la deforestación en Colombia. Este análisis no solo destaca las prácticas exitosas que han surgido de la interacción con los saberes locales, las expresiones artísticas

⁵ El Convenio sobre la Diversidad Biológica (CDB) se erige en el referente principal para la gestión integral de la biodiversidad en el país.

⁶ Consuetudinaria: se refiere a aquello que está relacionado con la costumbre, la práctica habitual o la tradición arraigada en una comunidad o sociedad.

y la riqueza cultural, sino que también resalta la importancia de aprender de estas lecciones para mejorar y fortalecer futuras iniciativas de conservación forestal en el país.

En este contexto, es crucial evaluar la importancia del reconocimiento de los saberes locales entre las estrategias y acciones de conservación. Este reconocimiento puede fortalecer a los gobiernos indígenas locales como estrategia efectiva frente a la deforestación. La conexión entre estas dos perspectivas revela la necesidad de incorporar activamente los conocimientos locales en la planificación y ejecución de medidas contra la deforestación, y así reconocer su papel fundamental en la conservación ambiental y el fortalecimiento de las comunidades indígenas.

Miranda-Trejo et al. (2009) sostienen que, por ejemplo, el conocimiento de los campesinos para la actividad agrícola va más allá de las propiedades físicas y biológicas del agroecosistema, abarcando factores biológicos, astronómicos, meteorológicos, culturales y sociales. Alan (1997) complementa esto indicando que las características del sistema tradicional se conocen a través de la experimentación y observación del campesino, de modo que el conocimiento tradicional es el resultado de años de práctica.

En este sentido, los saberes locales no deben ser vistos simplemente como reliquias culturales, sino como poderosos conocimientos que pueden analizar estructuras de poder y cuestionar discursos hegemónicos, especialmente en ámbitos educativos (De la Hidalga Ledesma, 2018). Es crucial reconocer la importancia y el potencial de estos saberes locales para desafiar formas de dominio territorial.

Es notable el predominio en el discurso de términos y lógicas propias de las formas institucionales modernas, lo que destaca la necesidad de deconstruir estas narrativas hegemónicas. El proyecto de Gobierno Propio, por ejemplo, busca implementar ideales de participación democrática y horizontalidad en grupos indígenas, reflejando una utopía social de aplicar en pequeñas sociedades lo que se espera en la sociedad en general. En la actualidad, las comunidades indígenas y negras han desarrollado instrumentos de planeación territorial, como planes de vida y planes de manejo ambiental, que incorporan sus visiones y prioridades colectivas (Roué, 2003).

Estos instrumentos no solo reflejan la autonomía de estas comunidades en la toma de decisiones sobre sus territorios, sino también la importancia de integrar sus visiones y prioridades colectivas en la gestión y planificación, y así fomentar la sostenibilidad y la preservación de la diversidad cultural y ambiental.

Considerando que casi la mitad de los bosques naturales en el país se encuentran en territorios colectivos de comunidades indígenas y negras, es imperativo desarrollar acciones que fomenten la gestión ambiental y el ordenamiento territorial desde una perspectiva intercultural. Este enfoque reconoce que las prácticas tradicionales de manejo forestal contribuyen a la conservación y el uso sostenible de estos recursos, subrayando la importancia de integrar conocimientos locales en las estrategias de gestión. En el caso de los pueblos indígenas, la existencia de numerosos planes integrales de vida a nivel nacional y regional, así como planes de etnodesarrollo para comunidades afrodescendientes, demuestra

un compromiso significativo con el ordenamiento territorial, la conservación y el manejo sostenible del bosque. Estos planes ofrecen directrices esenciales para abordar la deforestación y gestionar eficazmente los territorios colectivos (González, J. et al, 2018).

En conclusión, esta interconexión de esfuerzos a diferentes escalas destaca la importancia de un enfoque colaborativo y respetuoso con la diversidad cultural en la gestión forestal. La integración de conocimientos locales no solo enriquece las estrategias de conservación, sino que también promueve la equidad y la participación activa de las comunidades locales en la toma de decisiones sobre sus propios territorios. Este enfoque, en última instancia, no solo es beneficioso para la biodiversidad y el medio ambiente, sino que también fortalece las comunidades locales y promueve la sostenibilidad a largo plazo.

Referencias

Agrawal, A. (2002). El conocimiento indígena y la dimensión política de la clasificación. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 173(1), 6-18. <https://vientosalios.net/wp-content/uploads/2021/09/El-conocimiento-indigena-y-la-dimension-politica-de-la-clasificacion.pdf>

Alan, C. P. (1997). Indigenous peoples and conservation. En F. Grifo y J. Rosenthal (eds.), *Biodiversity and human health* (pp. 207-220). Island Pres.

Aronson, J., Renison, D., Rangel-Ch, J. O., Levy-Tacher, S., Ovalle, C. y Del Pozo, A. (2007). Restauración del capital natural: Sin reservas no hay bienes ni servicios. *Ecosistemas*, 16(3), 15-24. <https://revistaecosistemas.net/index.php/ecosistemas/article/view/89>

Barrera-Bassols, N. y Floriani, N. (2017). *Saberes locales, paisajes y territorios rurales en América Latina*. Universidad del Cauca. <https://patrimoniobiocultural.com/archivos/publicaciones/libros/Sabereslocalespaisajesyterritorios.pdf>

Calle, Z., Giraldo, E. y Piedrahita, L. (2008). Diálogo de saberes para la restauración ecológica de bosques: El papel de los niños y jóvenes investigadores. *Revista Estudios Sociales Comparativos*, 2(1), 68-85. https://cipav.org.co/wp-content/uploads/2019/06/Dialogo.de_.Saberes.pdf

Congreso de Colombia. (1993, 27 de agosto). Ley 70. *Por la cual se desarrolla el artículo transitorio 55 de la Constitución Política*. Diario Oficial 41013.

Constitución Política de Colombia. (1991). *Gaceta Constitucional* n.º 116.

Cruz Hernández, S., Torres Carral, G. A., Cruz León, A., Salcedo Baca, I. y Victorino Ramírez, L. (2020). Saberes tradicionales locales y el cambio climático global. *Revista Mexicana de Ciencias Agrícolas*, 11(8), 1917-1928. <https://doi.org/10.29312/remexca.v11i8.2748>

De la Hidalga Ledesma, V. (2018). Saberes e interculturalidad en interaprendizajes sobre recursos forestales en Zongolica, Veracruz. *Revista Interamericana de Educación de Adultos*, 40(1), 130-149. <https://www.redalyc.org/journal/4575/457556162007/457556162007.pdf>

De Sousa-Santos, B. (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Trilce. <https://estudogeral.uc.pt/bitstream/10316/44164/1/Descolonizar%20el%20saber%2c%20reinventar%20el%20poder.pdf>

Departamento Administrativo Nacional de Estadística. (2016). *Censo Nacional Agropecuario 2016* (t. 2). <https://www.dane.gov.co/files/images/foros/foro-de-entrega-de-resultados-y-cierre-3-censo-nacional-agropecuario/CNATomo2-Resultados.pdf>

Escobar, A. (2010). *Territorios de diferencia: Lugar, movimiento, vida, redes*. Envión.

Escobar, A. (2014). *Sentipensar con la tierra: Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Universidad Autónoma Latinoamericana.

Gómez-Espinoza, J. A. y Gómez González, G. (2006). Saberes tradicionales agrícolas indígenas y campesinos: Rescate, sistematización e incorporación a la IEAS. *Ra Ximhai*, 2(1), 97-126. <http://www.uaim.edu.mx/webraximhai/Ej-04articulosPDF/06%202006.pdf>

González, J. Cubillos, A., Chadid, M., Cubillos, A., Arias, M., Zúñiga, E., Joubert, F. Pérez, I, Berrío, V. Caracterización de las principales causas y agentes de la deforestación a nivel nacional período 2005-2015. Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales – IDEAM-. Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible. Programa ONU-REDD Colombia. Bogotá, 2018. <https://www.fao.org/3/I9618ES/i9618es.pdf>

Grau, H. R. y Aide, M. (2008). Globalization and land-use transitions in Latin America. *Ecology and Society*, 13(2).

Landini, F. (2010). La dinámica de los saberes locales y el proceso de localización del saber científico: Aportes desde un estudio de caso. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 7(65), 19-40. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.cdr7-65.dslp>

Leff, E. y Carabias, J. (1993). *Cultura y manejo sustentable de los recursos naturales*. Porrúa.

Mahecha Groot, A. M. (2009). *La educación ambiental, los saberes locales y el sentido de lo público: Dos estudios de caso en el departamento del Atlántico* [tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia]. <https://www.humanas.unal.edu.co/red/files/3012/7730/7909/Tesis%20Biblioteca%20AMM%20G.pdf>

Martínez Alier, J. (2005). *Ecologismo de los pobres: Conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Icaria.

Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible. (2016). *Estrategia integral de control a la deforestación*. http://www.siac.gov.co/documents/670372/670943/Actualizacion_cifra_deforestacion_2016.pdf/5954009a-45e8-4a0b-883a-52703cb384de

Miranda-Trejo, J., Herrera-Cabrera, B. E., Paredes-Sánchez, J. A. y Delgado-Alvarado, A. (2009). Conocimiento tradicional sobre predictores climáticos en la agricultura de los llanos de Serdán, Puebla, México. *Tropical and Subtropical Agroecosystems*, 10(2), 151-160. <https://www.redalyc.org/pdf/939/93912989003.pdf>

Naciones Unidas. (1992). *Convenio sobre la Diversidad Biológica*. <https://www.cbd.int/doc/legal/cbd-es.pdf>

Núñez, J. (2004). Los saberes campesinos: Implicaciones para una educación rural. *Investigación y Postgrado*, 19(2), 13-60. https://ve.scielo.org/scielo.php?pid=S1316-00872004000200003&script=sci_arttext

Phillips Bernal, J. F., Barbosa Herrera, A. P., Cabrera Montenegro, E., Carreño Correa, L. M. y Córdoba Camacho, N. E. (eds.) (2014). *Aportes técnicos del Sistema de Monitoreo de Bosques y Carbono a la propuesta de preparación de Colombia para REDD+: Datos de actividad y factores de emisión*. Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales. https://redd.unfccc.int/media/anexo_b_aportes_tecnicos_datos_de_actividad_y_factors_de_emision.pdf

Roué, M. (2003). Las ONG y la gestión de la diversidad biológica. *International Social Science Journal*, 55(4), 529-659. <https://doi.org/10.1111/1468-2451.5504001>

Serna, S. y Mosquera, S. (2013). *Saberes locales y territorios de vida: Memorias del III Encuentro Comunitario para la Biodiversidad*. Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt. <http://repository.humboldt.org.co/bitstream/handle/20.500.11761/31453/258.pdf?sequence=1>

Ulloa, A. (2004). *La construcción del nativo ecológico: Complejidades, paradojas y dilemas de la relación entre los movimientos indígenas y el ambientalismo en Colombia*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia.